

# **EL TRONO DE DIOS**

## **EL PAPEL DE LOS MONASTERIOS EN EL NUEVO MILENIO**

SANT'ANSELMO SEPTIEMBRE 2000

FR. TIMOTHY RADCLIFFE, O.P.

---

A lo largo de la peregrinación de mi vida, las abadías benedictinas han sido como unos oasis. En cualquiera de estos lugares he podido encontrar a muchas personas que visitaban los monasterios. ¿Por qué lo hacen? No hay duda de que algunos son turistas que han venido a pasar una tarde esperando, quizá, ver algún monje, del mismo modo que se puede ver un mono en un zoo. Incluso puede que alguno espere encontrar carteles que digan: «No dar de comer a los monjes». Otros se sienten atraídos por la belleza de los edificios o de la liturgia. Muchos, en cambio, vienen esperando algún tipo de encuentro con Dios, deseando poder vislumbrar el misterio. A menudo se habla hoy de la «secularización». Sin embargo, vivimos en un tiempo marcado por una profunda búsqueda religiosa. Hay hambre de trascendencia. La gente la busca en las religiones orientales, en las sectas, la Nueva Era, lo exótico y lo esotérico. Y, a la vez, a menudo se sospecha de la Iglesia y de toda religión institucionalizada, excepto, quizá, de los monasterios. Todavía existe, una cierta confianza en que en los monasterios se pueda vislumbrar el misterio de Dios y descubrir alguna huella de la trascendencia.

En realidad, el papel de los monasterios no es otro que dar acogida a los huéspedes. La Santa Regla nos dice que han de ser acogidos como el mismo Cristo en persona. Deben ser saludados con reverencia, se les debe lavar los pies y se les debe dar de comer. Ésta ha sido siempre mi experiencia. Recuerdo cuando fui a Santa Otilia, durante el abadiato del Padre Viktor Dammertz. Yo era un pobre estudiante dominico inglés, desharapado y sucio, que hacía autostop. Fui acogido por estos pulquérrimos benedictinos alemanes, que me lavaron, me restregaron bien y me cortaron el pelo. Casi parecía una persona digna cuando me fui del monasterio para proseguir mi viaje.

¿Por qué la gente se siente tan atraída por los monasterios? Quisiera compartir algunas ideas que den respuesta a esta pregunta. Es probable que consideren que mis pensamientos son descabellados, siendo ello la prueba de que un dominico no tiene ni idea de lo que es la vida benedictina. Si

resultara ser así, les ruego que tengan a bien perdonarme. Lo que tengo la intención de exponer es que los monasterios revelan la presencia de Dios, no por lo que ustedes puedan hacer o decir, sino porque la vida monástica tiene como centro un espacio, un vacío, en el que Dios puede manifestarse a Si mismo. Es mi propósito en esta ponencia sugerir que la Regla de San Benito les propone a ustedes tener en sus vidas una especie de «centro» vacío en el que Dios pueda vivir y ser vislumbrado.

La gloria de Dios siempre se manifiesta en un espacio vacío. Cuando los israelitas salieron del desierto, Dios les acompañaba y se manifestaba sentado en el espacio que media entre las alas de los querubines, por encima del trono de la misericordia. Por eso el trono mismo de la gloria estaba vacío. Era solamente un pequeño espacio, del tamaño de un palmo. Dios no necesita mucho espacio para mostrar su gloria. Un poco más abajo, en el Aventino, como a unos doscientos metros de aquí, se encuentra la Basílica de Santa Sabina. Sobre su puerta se encuentra tallado un bajorrelieve que representa la primera crucifixión que se conoce. En ella podemos contemplar un trono de la gloria. Este trono está también vacío: es un vacío, es la ausencia que se percibe cuando un hombre muere gritando al Dios que parece haberle abandonado. En el Evangelio, el último trono de la gloria es una tumba vacía en la que no hay ningún cuerpo.

Abrigo la esperanza de que los monasterios benedictinos continúen siendo lugares en los que la gloria de Dios se manifieste; que sean tronos del misterio. Y que lo sean precisamente por lo que ustedes no son y no hacen. En los últimos años, los astrónomos han recorrido los cielos buscando nuevos planetas. Hasta hace muy poco, no se había logrado ver directamente ningún planeta. Pero se podían detectar, gracias a la variación que se daba en la órbita de una estrella. Quizá pase lo mismo con los que siguen la Regla de San Benito. La órbita visible de sus vidas revela la presencia de la estrella escondida que no podemos ver directamente. «Verdaderamente tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel» (Is 45,13).

Me gustaría poder pensar que el centro invisible de sus vidas se revela en la manera en que viven ustedes. La gloria de Dios se muestra a través de un vacío, de un espacio hueco en sus vidas. Me parece que hay tres aspectos diversos de la vida monástica que abren este vacío y hacen hueco para Dios: en primer lugar, en sus vidas no desempeñan ninguna función concreta. También se puede decir, en segundo lugar, que no conducen a ninguna meta específica. Finalmente, son vidas marcadas por la humildad. Cada uno de estos tres aspectos de la vida monástica abre un espacio para Dios. Quisiera añadir que, en cada uno de estos tres casos, lo que da sentido a ese vacío es la celebración de la liturgia. El canto del

Oficio Divino varias veces al día es lo que muestra que este espacio está ocupado por la gloria de Dios.

### **Estar ahí**

Lo que resulta más obvio de la vida monástica es precisamente que ustedes no desempeñan ninguna función concreta. Trabajan la tierra, pero no son agricultores. Enseñan, pero no son profesores. Quizá incluso tienen a su cargo hospitales o misiones, pero su papel no es ser ante todo médicos o misioneros. Ustedes son únicamente monjes que siguen la Regla de San Benito. No tienen como misión hacer algo en particular. Habitualmente, los monjes son personas que están muy ocupadas. Raramente se encuentran ociosos, pero la actividad no es el propósito de su vida. El Cardenal Hume escribió una vez sobre los monjes: «Cuando nos miramos a nosotros mismos, no vemos que tengamos una misión o función particular en la Iglesia. No nos ponemos en camino para cambiar el curso de la historia. En ella, desde el punto de vista humano, sólo estamos casi por accidente. Y afortunadamente, seguimos adelante, sencillamente estamos ahí». Es la ausencia específica de un objetivo explícito lo que revela a Dios como la razón de ser, escondida y secreta, de sus vidas. Dios se manifiesta como el centro invisible de nuestras vidas cuando no intentamos buscar la razón de nuestra existencia en otra cosa. La característica fundamental de la vida cristiana es solamente estar con Dios. Jesús dice a sus discípulos: «permaneced en mi amor» (Jn 15,10). Los monjes están llamados a permanecer en su amor.

Nuestro mundo es lo más parecido a un mercado. Todo el mundo compite por captar la atención de los demás e intentar convencerles de que lo que venden es necesario para que su vida vaya bien. En todo momento se nos dice lo que necesitamos para ser felices: un microondas, un ordenador, unas vacaciones en el Caribe o incluso una nueva marca de jabón. Resulta tentador para cualquier religión entrar en este mercado e intentar gritar como un competidor más. Así, la religión sería necesaria para ser feliz, para tener éxito e incluso para ser rico. Una de las razones del rápido crecimiento de las sectas en Hispanoamérica es, precisamente, que prometen salud y dinero. Así el cristianismo llega a la plaza del mercado y se presenta como una opción válida. Esta semana le toca al yoga; la próxima, a la aromaterapia. ¡A ver cuándo podremos persuadir a la gente de que pruebe el cristianismo...! Recuerdo que una vez vi en los servicios de un bar de Oxford una pintada escrita en letras pequeñas en una esquina del techo. Decía: «Si has llegado a leer en este sitio tan recóndito, entonces es que estás buscando algo. ¿Por qué no pruebas la Iglesia Católica?».

No hay duda de que necesitamos que haya cristianos por ahí fuera gritando junto a los demás, uniéndose al bullicio del mercado, intentando captar la atención de la gente. Ése es el lugar que les corresponde, por ejemplo, a los Franciscanos y a los Dominicos. Pero los monasterios encarnan otra verdad fundamental. En última instancia, adoramos a Dios, no porque sea importante para nuestras vidas, sino únicamente porque Él es. La voz que se escuchaba en la zarza ardiente proclamaba: «Soy el que soy». Lo que importa no es que Dios sea válido para nosotros, sino que en Dios encontramos la revelación de todo aquello que es verdaderamente valioso, el norte de nuestra existencia. Me parece que aquí radicaba precisamente el secreto de la autoridad única del Cardenal Hume. No intentó poner en venta la religión, hacer «marketing» mostrando que el catolicismo era el ingrediente secreto que podía proporcionar éxito a una vida. El no era más que un monje que oraba. En el fondo, la gente sabe que cuando un dios tiene que demostrarnos su utilidad, no merece la pena ser adorado. Un dios que tiene que ser importante no es Dios. La vida de los monjes da testimonio de que a Dios no se le puede atribuir ningún valor, puesto que las cosas sólo encuentran su valor si están en relación con Dios. Las vidas de los monjes lo testimonien al no hacer nada en concreto, excepto permanecer en Dios. Sus vidas tienen en su centro un vacío similar al espacio que existía entre las alas de los querubines. Es ahí donde podemos vislumbrar la gloria de Dios.

Quizá el papel del abad sea precisamente el de ser la persona que, de manera evidente, no hace nada en concreto. Otros monjes pueden desempeñar un oficio particular, como ser mayordomo o enfermero, encargarse de la granja o de la imprenta. Pero yo me atrevería a ser tan osado como para proponer que el abad sea la persona que custodie la identidad más profunda de los monjes como aquellos que no tienen nada concreto que hacer, excepto ser monjes. Hubo un dominico inglés, Bede Jarret, que fue provincial durante muchos años, famoso predicador y prolífico escritor de libros. Sin embargo, parecía que nunca hacía nada. Cuando le visitaban, se dice que habitualmente se le encontraba ocioso. Si se le preguntaba qué hacía, normalmente respondía: «estoy esperando a que alguien venga». Llevó a la perfección el arte de hacer mucho mientras parecía hacer muy poco. La mayoría de nosotros -y me incluyo a mí mismo- hacemos lo contrario: siempre afirmamos estar muy ocupados.

La gente abarrota los monasterios, ve a los monjes, se queda para el canto de las Vísperas... ¿Cómo pueden descubrir que esta «nada» que hacen los monjes es la revelación de Dios? ¿Por qué no piensan, por el contrario, que los monjes no son más que unos vagos, unas personas sin ambición, incluso unos fracasados que no son competitivos en la lucha diaria de la vida por ganarse el pan? ¿Cómo pueden vislumbrar que es Dios

el que está en el centro de sus vidas? Sospecho que lo hacen cuando escuchan su canto. La autoridad que está detrás de esa interpelación que siente la gente se encuentra en la belleza de la alabanza que ustedes elevan a Dios. Unas vidas que no tienen ningún propósito especial son para los demás un rompecabezas y un interrogante. «¿Por qué están ahí esos monjes y qué fin tienen sus vidas? ¿Cuál es su propósito?». Lo que pone de manifiesto la razón por la que ustedes están ahí es la belleza de la alabanza de Dios. Tengo que confesar que yo no era muy religioso cuando era un joven estudiante en la abadía de Downside. Fumaba detrás de las aulas y me escapaba por la noche a los bares. Casi fui expulsado de la escuela por leer durante la bendición un conocido libro de mala fama, *El amante de Lady Chatterley*. Si algo me mantuvo anclado en mi fe, no fue otra cosa que la belleza que descubrí allí: la belleza del Oficio cantado, la luminosidad del amanecer en la abadía, el resplandor del silencio. Era la belleza que ya no me dejaría escapar.

Seguramente no es casual que el gran teólogo de la belleza, Hans Urs von Balthasar, recibiera su primera educación en Engelberg, un colegio benedictino famoso por su tradición musical. Balthasar habla de la «auto-manifestación» de la belleza, de su «intrínseca autoridad». No se pueden poner en duda las interpelaciones que la belleza nos hace, ni tampoco descartarlas. Y aquí radica, probablemente, la forma más importante de autoridad que Dios puede tener en nuestra época, en la que el arte se ha transformado en un tipo de religión. Poca gente va a misa los domingos, pero millones van a conciertos, galerías de arte o museos. En el arte podemos vislumbrar la gloria de la belleza de la sabiduría de Dios, que danzó en el momento en que creó el mundo, que fue creado «más bello que el sol» (Sab 7). En los LXX, cuando Dios hizo el mundo, vio que era bello. La bondad nos congrega bajo la forma de lo bello. Cuando la gente escucha la belleza del canto, entonces puede verdaderamente adivinar por qué los monjes están ahí y cuál es el centro secreto de sus vidas: la alabanza de la gloria. Era costumbre de Dom Basil que, cuando hablaba de los más profundos deseos de su corazón, lo hacía en términos de belleza: «¡Qué experiencia tan maravillosa sería si pudiera conocer aquello que, entre las cosas más bellas, fuese lo más hermoso...! Ésta sería la experiencia más elevada de todas las experiencias de alegría y de plenitud total. Yo llamo Dios a la más bella de todas las cosas»

Y si sucede, como Santo Tomás de Aquino pensaba, que la belleza es verdaderamente la revelación del bien y la verdad, entonces forma parte de la vocación de la Iglesia ser lugar de revelación de la verdadera belleza. Una gran parte de la música moderna, incluida la que se escucha en las iglesias, es tan trivial que es una parodia de la belleza. Ese mal gusto ha sido descrito como la «pornografía de lo insignificante». Quizá lo sea

porque hemos caído en la trampa de ver la belleza en términos utilitarios, en lo que es útil para entretener a la gente, en lugar de ver que lo que es verdaderamente bello revela el bien.

Espero que no piensen que es demasiado extravagante el que yo considere que la vida monástica es bella en sí misma. Cuando leí la Regla, quedé fascinado al ver que dice al principio que «se llama regla porque regula las vidas de los que la obedecen». La «regula» regula. Inicialmente, eso puede dar la impresión a un dominico de un excesivo control. Desde mi experiencia, puedo decirles que resulta muy difícil regular a los frailes. Pero puede que la palabra «regula» no sugiera control, sino medida, ritmo, vidas que tienen un aspecto y una forma determinados. Probablemente sugiera la disciplina de la música. San Agustín consideraba que vivir en la virtud era vivir musicalmente, estar en armonía. Amar al prójimo era, según decía, «*guardar el orden musical*». La gracia es gratuidad, y la vida que se vive en la gracia es bella.

Por eso, es el canto de la liturgia, una vez más, lo que revela el significado de nuestras vidas. Santo Tomás decía que la belleza en la música estaba esencialmente unida a la «temperancia». Nada debería nunca ser excesivo. La música debe mantener igualmente el compás adecuado: ni demasiado rápido ni demasiado lento. Se debe mantener siempre la medida adecuada. Y Santo Tomás pensaba que la vida atemperada nos mantenía jóvenes y bellos. Lo que parece que la Regla ofrece es una vida mesurada, que no tenga nada de excesiva. Lo que no alcanzo yo a saber es si, a causa de este género de vida, los monjes permanecen más jóvenes y bellos que los demás. La Santa Regla comenta cómo en el pasado los monjes no bebían en absoluto, pero, «dado que no se les puede convencer en la actualidad de dejar el vino, que lo beban al menos con moderación». Que nada sea excesivo.

Recuerdo que mi tío abuelo, benedictino, sentía un gran amor por el vino y consideraba que era necesario para su salud. Dado que llegó casi a ser centenario, es de suponer que probablemente tenía razón. Convenció a mi padre y a mis tíos para que le tuvieran bien provisto de botellas de clarete. Supongo que este tipo de vino podría ser llamado «moderado», de acuerdo con la Regla, que establece que se beba una hemina (*Regla de San Benito*, 40). Cuando metía a escondidas botellas en el monasterio, los monjes siempre se preguntaban qué era lo que causaba el tintineo que se escuchaba en su bolsa. Ya antes de meter las botellas, con ayuda de los sobrinos, había preparado complicadas explicaciones.

Cuando los monjes cantan, vislumbramos la música que son sus vidas, siguiendo el ritmo y el compás de la melodía de la Regla de San Benito. La gloria de Dios se entroniza en las alabanzas de Israel.

### **Ir a ninguna parte**

Las vidas de los monjes dan que pensar a los que se encuentran fuera del monasterio, no sólo porque ustedes no desempeñan ninguna función particular, sino también porque sus vidas no van a ninguna parte. Como los miembros de todas las órdenes religiosas, sus vidas no adquieren forma o significado ascendiendo un escalafón o siendo promovidos. Somos tan sólo hermanos y hermanas, frailes, monjes y monjas. Nunca podemos aspirar a más. Un soldado o un universitario que tenga éxito puede subir procesionalmente a través de diversos grados. Sus vidas demuestran su valor, porque son promovidos hasta ser catedráticos o generales. Pero eso no se cumple en nuestro caso. La única escala que existe en la Regla de San Benito es la escala de la humildad. Estoy seguro de que los monjes, al igual que los frailes, algunas veces alimentan deseos secretos de hacer carrera y sueñan con la gloria de ser mayordomos o incluso abades. Creo que muchos monjes se miran al espejo imaginándose cómo estarían con pectoral, o incluso con mitra, y puede que alguno esboce una bendición cuando cree que nadie le mira. Pero bien sabemos todos que nuestras vidas adquieren su forma, no por ser promovidos, sino porque nos encontramos en camino hacia el Reino. La Regla se nos da, dice San Benito, para apresurar nuestra llegada a nuestro hogar celestial.

No puedo olvidar un abad muy querido para mí que venía habitualmente a pasar las Navidades con nuestra familia. Era admirable en todo, excepto por una pequeña tendencia que tenía a tomarse demasiado en serio eso de ser abad, a diferencia, estoy seguro, de cuantos hoy están presentes aquí. Esperaba siempre que toda la familia acudiera a esperarlo a la estación de ferrocarril, y que los seis hijos hiciéramos la genuflexión y besáramos el anillo abacial en el andén cuatro. Este culto a la reverencia estaba tan dentro de mi familia, que una prima mía creía que tenía que hacer también la genuflexión cuando la colocaban en su butaca del cine. Siempre que nuestro abad familiar venía de visita, se daba el combate anual a causa de la celebración de la misa. Él defendía con vigor que, como abad, tenía derecho a cuatro candelabros de plata, pero mi padre insistía en que, en su casa, todos los sacerdotes tenían el mismo número de candelabros.

Para la mayoría de la gente de nuestra sociedad, una vida así no tiene ningún sentido, puesto que tienen claro que la vida es una lucha por el éxito: avanzar o morir. Por eso nuestras vidas son para ellos un rompecabezas, un signo interrogativo. Aparentemente, no van a ninguna

parte. Uno se nace monje o fraile y no necesita nunca ser nada más. Recuerdo que, cuando fui elegido Maestro de la Orden, un periodista muy conocido escribió un artículo en el *New Catholic Reporter* que concluía señalando que al final de mi período como Maestro tendría sólo 55 años. «¿Qué hará entonces Radcliffe?», se preguntaba. Cuando leí este artículo, me quedé preocupado. Sentí como si el significado de mi vida me estuviera siendo robado y fuera forzado a adaptarse a categorías nuevas. ¿Qué haría entonces Radcliffe? Esta pregunta implicaba que mi vida sólo tendría sentido a través de una nueva «promoción». Pero ¿por qué debería hacer cualquier otra cosa que no fuera seguir siendo un hermano? Nuestras vidas tienen sentido porque hay en ellas una ausencia de ascenso en la que se puede revelar la gloria de Dios.

Una vez más, deseo afirmar que es precisamente en el canto del Oficio Divino, en el que recordamos la dilatada historia de la redención, donde adquieren sentido las observaciones que estoy haciendo. A principios de año fui a visitar la catedral de Monreale, en Sicilia, que se encuentra junto a una antigua abadía benedictina. Tenía muy poco tiempo libre, pero me habían dicho que quien visita Palermo y no visita Monreale llega como persona, pero termina su estancia en Sicilia como asno. Y verdaderamente fue una experiencia asombrosa. La totalidad del interior de la iglesia es un deslumbrante *puzzle* de mosaicos que relata la historia de la creación y la redención. Entrar en esa iglesia es encontrar el lugar propio dentro de la historia, dentro de nuestra historia. Ésta es la verdadera historia de la humanidad, y no la que relata la lucha por encaramarse en lo más alto del árbol. Estas escenas muestran la revelación de la estructura del tiempo real. La verdadera historia no es la del éxito individual, la de la promoción y el ascenso, sino la historia del viaje de la humanidad hacia el Reino, que se celebra cada año durante el ciclo litúrgico, desde Adviento hasta Pentecostés, y que alcanza su vértice en el color verde del tiempo ordinario, que es nuestro tiempo real.

Éste es el tiempo *verdadero*, el tiempo que abarca todos los pequeños acontecimientos y dramas de nuestras vidas. Éste es el tiempo que reúne esos pequeños dramas que suceden en el curso de nuestra existencia, las pequeñas derrotas y victorias, otorgándoles un sentido. La celebración monástica del año litúrgico debería ser una revelación de este tiempo verdadero, que es la única historia que tiene importancia. Cada uno de los diferentes tiempos que se suceden a lo largo del año (tiempo ordinario, Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua) deberían ser sentidos de manera distinta, con melodías diferentes, colores diversos, tan distintos como distinta es la primavera del verano, y el verano del otoño. Tendrían que ser tan peculiares como para dejarse diluir por los otros ritmos que se dan en nuestras vidas, como el año financiero, el año académico, los años que



cumplimos mientras envejecemos. Uno de nuestros hermanos, Kim en Joong, pintor dominico coreano, ha diseñado unas magníficas casullas que son una verdadera explosión de colores, en función de las estaciones.

Con frecuencia, la liturgia actual no comunica en absoluto este tipo de sentimientos. Cuando se asiste a las vísperas, podría ser cualquier tiempo del año. Sin embargo, en nuestra comunidad de Oxford, en la que viví durante veinte años, compusimos antífonas para cada tiempo del año. Todavía hoy, cuando estoy de viaje, puedo escucharlas en mi interior. A mí, el Adviento me sugiere un determinado himno, con antífonas propias para el *Benedictus* y el *Magnificat*. La llegada de la Navidad se sabe que es inminente gracias al canto de las excepcionales «antífonas de la O». La Semana Santa se asocia a las Lamentaciones de Jeremías. El ritmo del año litúrgico ha de ser vivido como el ritmo más profundo de nuestras vidas. La liturgia monástica nos recuerda que el lugar al que nos dirigimos no es otro que el Reino.

Quisiera añadir un matiz final. Es fácil decir que los religiosos viven para que venga el Reino, pero, de hecho, a menudo no estamos en esa tónica. El año litúrgico traza el camino real hacia la libertad pero muchas veces no transitamos por él. De acuerdo con Santo Tomás, podemos decir que la formación, especialmente la formación moral, siempre es una formación para la libertad. Pero la entrada en la libertad es lenta y costosa, no está exenta de errores, de equivocaciones y de pecado. Dios nos libera de la esclavitud de Egipto y nos conduce a la libertad del desierto; pero nosotros nos asustamos y nos esclavizamos a nosotros mismos, adorando al becerro de oro o intentando volver a Egipto. El verdadero drama de la vida cotidiana del monje no consiste en saber si va a ascender en el escalafón de sus funciones, sino en el aprendizaje de la libertad, con lo que conlleva de frecuentes caídas en el infantilismo y la esclavitud. ¿Cómo daremos sentido a nuestro lento ascenso hacia la libertad de Dios y nuestras frecuentes bajadas hacia la esclavitud? Una vez más, quizá podamos encontrar la clave en la música.

San Agustín escribió una historia de la humanidad en la que ésta aparece como una partitura musical en la que son posibles todas las disonancias y desafinaciones, pero que, a la postre, se resuelve en un final en el que todo encuentra su lugar adecuado. En su magnífica obra, *De música*, escribió que «la disonancia puede ser redimida sin ser destruida». La historia de la redención es como una gran sinfonía que abraza todos nuestros errores y equivocaciones, y en la que, al final, la belleza triunfa. La victoria no consiste en que Dios borre nuestras notas desafinadas o niegue su existencia, sino en que Él encuentra para ellas un sitio adecuado en la sinfonía musical que las redime. Esta melodía culmina en la

Eucaristía. En palabras de Catherine Pickstock, *«la música más elevada que existe en el mundo caído, la música redentora... no es otra que el reiterado sacrificio del mismo Cristo, que es la música de la Eucaristía eternamente repetido»*.

La Eucaristía es la repetición del momento culminante de la historia dramática de nuestra liberación. Jesucristo nos da libremente su cuerpo, pero los discípulos lo rechazan, reniegan de él, huyen lejos de él, pretenden no conocerlo. En la música de nuestra relación con Dios encontramos enormes disonancias. Pero en la Eucaristía quedan unidas, abrazadas y transfiguradas por la belleza, en un gesto de amor y de donación. En esa música de la Eucaristía somos rehechos, recreados, y volvemos a encontrar la armonía. Es una resolución armónica que no borra nuestras negaciones del amor y la libertad, ni pretende hacer creer que nunca han existido, sino que las transforma en etapas de nuestro itinerario. En nuestras celebraciones nos abrevemos a hacer memoria de la debilidad de los apóstoles.

Así el monje significa con su vida que el término es el Reino. Nuestra historia es la historia de la humanidad en su caminar hacia el Reino. Lo escenificamos en el ciclo anual del año litúrgico, desde la Creación hasta el Reino. Pero el drama cotidiano de la vida del monje es más completo, con sus luchas y sus fallos en el camino de la libertad. La sinfonía anual de la peregrinación hacia el Reino necesita ser acompañada por la música cotidiana de la Eucaristía, reconociendo que continuamente nos negamos a tomar el camino de Jerusalén que conduce a la muerte y a la resurrección, y que preferimos la esclavitud. Necesitamos reencontrarnos cada día en la música de la Eucaristía, en la que ninguna disonancia, por fuerte que sea, queda fuera del alcance de la resolución creadora de Dios.

### **El espacio interior**

Finalmente, llegamos a lo que constituye el elemento fundamental de la vida monástica, lo que es más bello y difícil de describir, es decir, la humildad. Es lo que resulta menos inmediatamente visible a la gente que viene a visitar sus monasterios y, a pesar de ello, es la base de todo lo demás. En palabras del Cardenal Hume, *«es muy hermoso ver la humildad en otro; pero el proceso de hacerse humilde es verdaderamente arduo»*. Es la humildad la que crea en nosotros para Dios un espacio vacío en el que Él pueda habitar y contemplar su gloria. En última instancia, es la humildad la que hace de nuestras comunidades el trono de Dios.

Nos resulta difícil hoy encontrar palabras para hablar de la humildad. Nuestra sociedad nos invita a cultivar las actitudes opuestas, como la

afirmación propia y una burda confianza en uno mismo. Las personas que tienen éxito se esfuerzan agresivamente por seguir subiendo. Hoy nos acobardamos cuando leemos, en el séptimo grado de la humildad, que debemos aprender a decir con el profeta: «soy un gusano, no un hombre». ¿Acaso porque somos demasiado orgullosos? ¿O será porque estamos inseguros de nosotros mismos y no tenemos confianza en nuestro valor? Quizá no nos abrevemos a decir que somos gusanos porque nos asusta el temor de que sea verdad.

¿Cómo podemos construir comunidades que sean signos vivientes de la belleza de la humildad? ¿Cómo podemos mostrar el poder de atracción de la humildad en un mundo marcado por la agresividad? Sólo ustedes pueden dar respuesta a estas preguntas. San Benito fue el gran maestro de la humildad, que no estoy yo muy seguro de que haya sido la virtud más eminente de muchos dominicos. Sin embargo, me gustaría hacer una pequeña propuesta. Cuando pensamos en la humildad, puede que la consideremos como una cosa extremadamente personal y privada: me contemplo a mí mismo y veo mi indignidad. Al profundizar en mi interior, descubro en mí muchas cualidades propias de un gusano. Ésta es, cuando menos, una perspectiva deprimente. Quizá lo que pretende San Benito es invitarnos a hacer algo infinitamente más liberador: construir una comunidad en la que nos liberemos de toda rivalidad, competición y lucha por el poder. Un nuevo tipo de comunidad que quede estructurada por la deferencia mutua y la recíproca obediencia. Una comunidad en la que nadie esté en el centro, sino que en el centro haya un espacio vacío, un vacío que se llene con la gloria de Dios. Esto conlleva un gran desafío a la imagen que hoy tenemos del yo, que es un yo solitario, absorto en sí mismo, centro del mundo, eje en torno al cual gravita todo. En el corazón de esta identidad está la conciencia de sí mismo: «Pienso, luego existo».

La vida monástica nos invita a desplazar el centro y entrar en el campo de gravedad de la gracia. Nos invita a descentrarnos. Una vez más, encontramos a Dios revelado en un vacío, en una oquedad: esta vez es el espacio hueco que se encuentra en el centro de la comunidad y está reservado para Dios. Tenemos que preparar un hogar para la Palabra, para que venga y habite entre nosotros; un espacio para que Dios exista. Siempre que estemos compitiendo para estar en el centro, no hay espacio para Dios. Por eso la humildad no puede consistir en el desprecio de sí mismo, sino que consiste en configurar, vaciándolo, el corazón de la comunidad para abrir un espacio en el que la Palabra pueda poner su tienda.

Una vez más, pienso que es en la liturgia donde se pone de manifiesto esta belleza. Dios queda entronizado en las alabanzas que eleva

el Pueblo de Israel. Cuando la gente ve a los monjes cantando la alabanza de Dios, puede vislumbrar la libertad y la belleza de la humildad. En la Edad Media se creía que una música buena y armoniosa iba pareja con la construcción de una comunidad igualmente armoniosa. La música cura el alma y la comunidad. No podemos cantar juntos si cada uno de nosotros está luchando por cantar más alto, compitiendo por que le iluminen en el escenario. De manera parecida, estoy seguro de que, cuando se canta juntos en armonía, cuando se aprende a cantar la nota que corresponde a cada uno, cuando se aprende a encontrar el lugar propio en la melodía, ésta nos hace hermanos, mostrando a los demás cómo es posible vivir juntos sin competencia ni rivalidad.

¿Cuál es el papel del abad en todo esto? No sé si contarle, pero entre los dominicos sólo hemos tenido un abad, un tal Matthew, que fue más bien un desastre; por eso no hemos tenido nunca ninguno más. Pero seguramente todos los superiores religiosos tienen la función de asegurar que haya un espacio en el que Dios se encuentre en el centro. Por eso el abad, por decirlo de alguna manera, ha de ser la persona que rechace el imponerse y dominar en el canto, ahogando las voces de los otros monjes, apropiándose del centro, siendo el Pavarotti de la abadía. Debe dejar que la armonía gobierne. Se puede ver si una comunidad vive en armonía cuando se escucha su canto. Y también se puede ver lo diferentes que son los benedictinos de los dominicos en la manera de cantar.

El punto culminante de la humildad es cuando uno descubre que no sólo no es el centro del mundo, sino que ni siquiera es el centro de sí mismo. No sólo hay un vacío en el centro de la comunidad, destinado a que Dios ponga su morada en él, sino también un hueco en el centro de nuestro ser, donde Dios puede poner su tienda. Soy una criatura a la que Dios otorga su existencia en cada momento. En los mosaicos de Monreale se puede ver cómo Dios modela a Adán. Dios le da la respiración y le sostiene en el ser. En el corazón de mi existencia, no estoy solo. Dios está ahí, dándome el aliento en cada momento, dándome la existencia. En mi centro no hay un yo solitario, no hay un ego cartesiano, sino un espacio que se llena con Dios.

Quizá sea ésta la vocación última del monje: mostrar la belleza de esa quietud; ser, individual y comunitariamente, templos destinados a que la gloria de Dios habite en ellos. A estas alturas, ya no se sorprenderán si afirmo que eso se revela en el canto de las alabanzas del Señor. Llegado a este punto, quisiera ir más allá de los límites de mi capacidad. Sin embargo, sólo haré una pequeña incursión en este campo, que es verdaderamente fascinante. Si ustedes consideran que lo que digo no tiene sentido, probablemente tengan razón.

Toda creación artística refleja en sí la primera creación. En el arte nos acercamos a vislumbrar lo que ha supuesto para Dios crear el mundo de la nada. La originalidad en el arte hace que nos remontemos hasta el origen de todo cuanto existe. Todo poema, pintura, escultura o pieza musical nos da una pista de lo que crear puede suponer para Dios. George Steiner escribió: *«En el fondo de todo acto de creación artística yace el sueño de dar un salto absoluto para salir de la nada, el sueño de poder formular un enunciado en la mente del que lo concibe tan nueva, tan singular que, literalmente, dejaría atrás todo el mundo preexistente»*.

Dentro de la tradición cristiana, esto se ha verificado particularmente en la música. San Agustín dijo que es precisamente en la música, en la que el sonido sale del silencio, donde podemos ver lo que significa que el universo está fundado en la nada, que sea contingente, y que nosotros seamos, por tanto, criaturas. *«En la alternancia de sonidos y silencios en la música ve Agustín una manifestación de la alternancia entre el venir a la existencia y el pasar al no ser que caracteriza al universo creado de la nada»*. En la música escuchamos, citando de nuevo a Steiner, *«el siempre renovado vestigio del original, el nunca totalmente accesible momento de la creación... el inaccesible primer fiat»*. Es el eco del «Big bang» o, como dice Tavener, el pre-eco del divino silencio.

En el corazón de la vida monástica se encuentra la humildad. No la humildad opresiva y deprimente de los que se odian a sí mismos, sino la humildad de quienes se saben criaturas y ven su existencia como un don. Y así es absolutamente verdad que en el centro de sus vidas debe estar el canto. Puesto que en el canto podemos mostrar cómo Dios hace que todo exista. Y ustedes cantan la Palabra de Dios, por la que todo ha sido creado. Es ahí donde podemos ver una belleza que es mucho más que simplemente placentera. Es la belleza que celebra que hemos sido creados y recreados. En el centro de nuestro ser ha puesto Dios su morada y su trono.

Para concluir, me gustaría recordar que lo que he intentado exponer en esta charla es que la gloria de Dios siempre necesita un espacio, un vacío para automanifestarse. Es el vacío que existía entre las alas de los querubines en el Templo; la tumba vacía, el Jesús que desaparece en Emaús. Lo que he propuesto es que, si ustedes dejan que esos espacios vacíos se produzcan en sus vidas, siendo personas que no desempeñen sus funciones por ninguna razón en concreto, cuyas vidas no llevan a ningún sitio y que arrostran su condición de criaturas sin temor, entonces sus comunidades serán tronos de la gloria de Dios.

Lo que esperamos ver en los monasterios es más de lo que podemos decir. La gloria de Dios es más de lo que nuestras palabras pueden

expresar. El misterio rompe nuestros pequeños conceptos ideológicos. Como Santo Tomás de Aquino, vemos que lo único que podemos decir es sólo paja. ¿Significa eso que tan sólo podemos guardar silencio? No, porque los monasterios no son sólo lugares de silencio, sino también de canto. Tenemos que encontrar modos de cantar que rocen los límites del lenguaje, que estén en el filo del sentido. Es lo que llama San Agustín la canción de júbilo, y es lo que podemos aprender a cantar en el Año jubilar.

«Preguntáis qué es lo que es cantar con júbilo. Significa darse cuenta de que las palabras no son suficientes para expresar lo que cantan nuestros corazones. Durante la vendimia, en el viñedo, siempre que los jornaleros deben trabajar duro, empiezan a cantar cantos que expresan alegría. Pero cuando su alegría rebosa, y no bastan las palabras, abandonan incluso esto coherencia y se dan por completo al canto. ¿Qué es este júbilo, esta canción exultante? Es la melodía que expresa que nuestros corazones arden con sentimientos que las palabras no pueden expresar. ¿Y a quién se atribuye de un modo más adecuado este júbilo? Seguramente a Dios, que es inexpresable».